

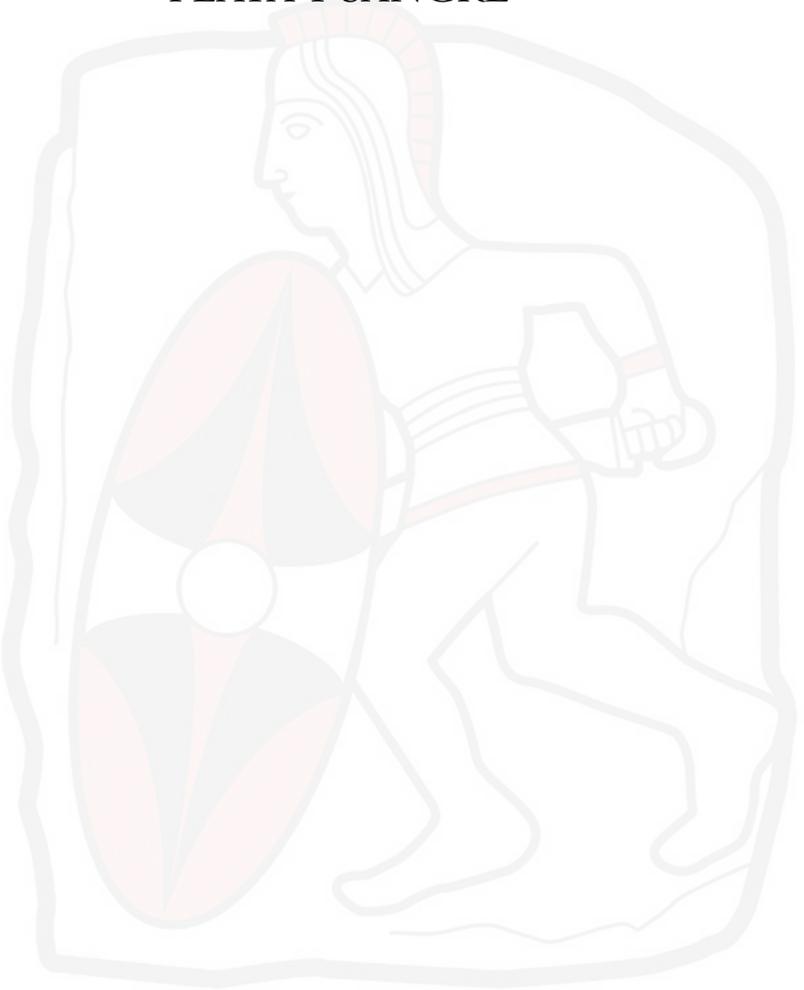
# PLATA Y SANGRE

## LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA Y LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ



PLATA Y SANGRE

DESPERTA FERRO



EDICIONES



PLATA Y SANGRE

LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA  
Y LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ

Antonio Espino López

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú  
Antonio Espino López  
Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú / Antonio Espino López  
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 368 p., 8 p. de lám. il.; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.  
D.L.: M-00000-2019  
ISBN: 978-84-948265-9-7  
94(82/861) "15/16"  
341.39(85) 94(460).03

**PLATA Y SANGRE**  
**LA CONQUISTA DEL IMPERIO INCA Y LAS GUERRAS CIVILES DEL PERÚ**

Antonio Espino López

© de esta edición:

*Plata y sangre. La conquista del Imperio inca y las guerras civiles del Perú*

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

[www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)

ISBN: 978-84-948265-9-7

D.L.: M-00000-2019

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón

Primera edición: enero 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

DESPERTA FERRO

A Mercedes Medina Vidal



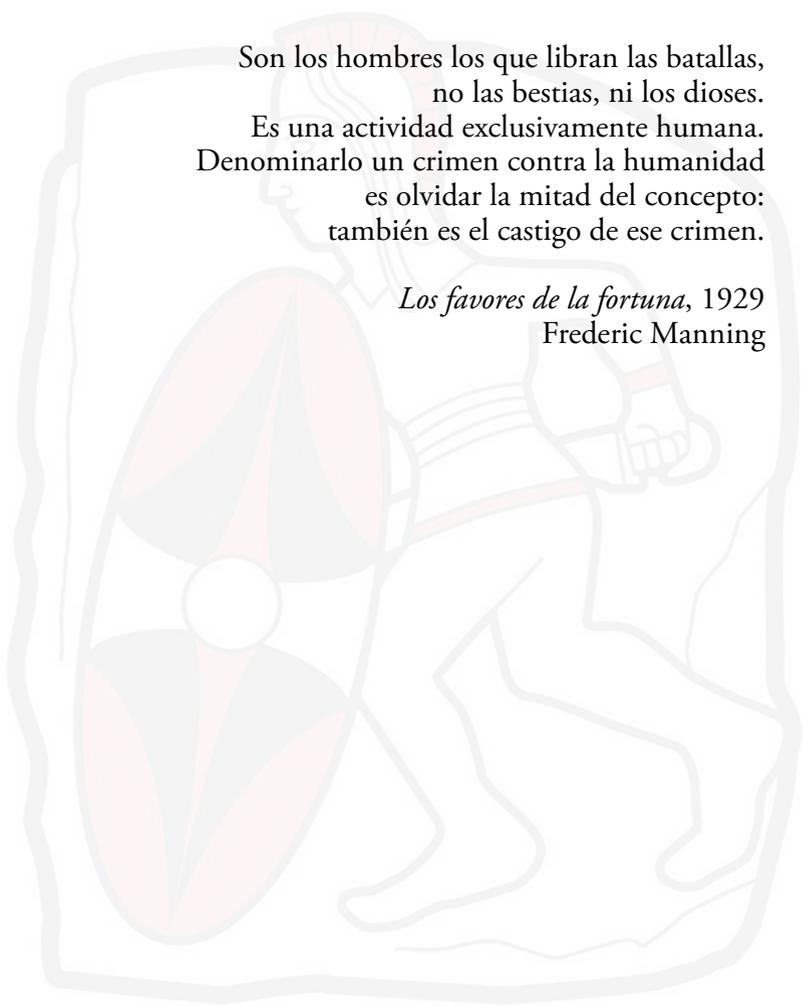
EDICIONES



DESPERTA FERRO

Son los hombres los que libran las batallas,  
no las bestias, ni los dioses.  
Es una actividad exclusivamente humana.  
Denominarlo un crimen contra la humanidad  
es olvidar la mitad del concepto:  
también es el castigo de ese crimen.

*Los favores de la fortuna*, 1929  
Frederic Manning



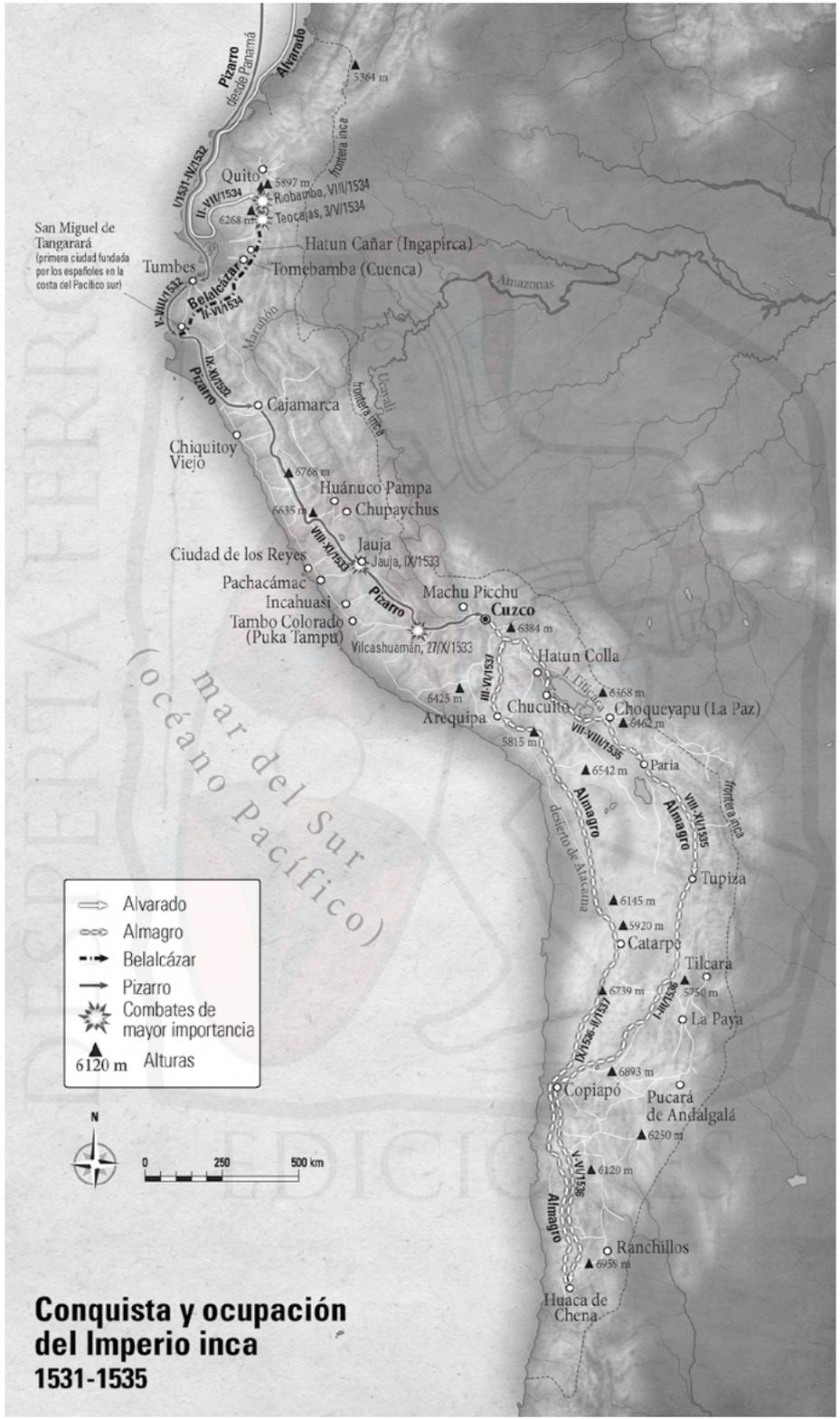
EDICIONES

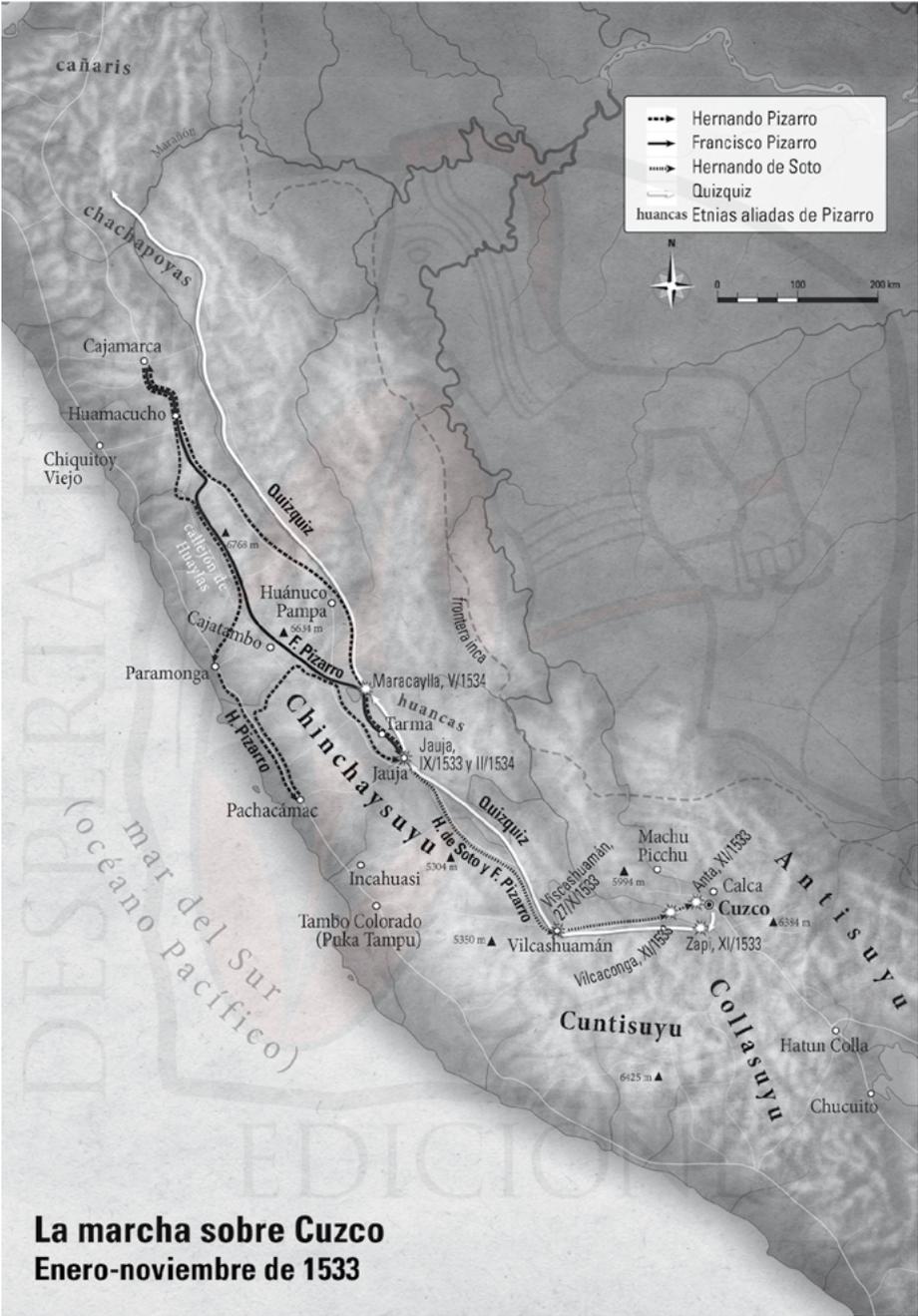


# ÍNDICE

Mapas .....	X
Introducción .....	XXI
<b>1 UN IMPERIO POR CONQUISTAR: EL ESTADO INCA Y SU ORGANIZACIÓN .....</b>	<b>1</b>
<b>2 LA CAÍDA DEL IMPERIO INCA .....</b>	<b>27</b>
<b>3 ALMAGRO, VALDIVIA Y LA CONQUISTA DE CHILE, 1535-1553 .....</b>	<b>115</b>
<b>4 ALMAGRISTAS Y PIZARRISTAS .....</b>	<b>137</b>
<b>5 LA REBELIÓN DE LOS ENCOMENDEROS .....</b>	<b>187</b>
<b>6 EL LEVANTAMIENTO DE GIRÓN, 1553-1554 .....</b>	<b>269</b>
Conclusión .....	293
Apéndice .....	299
Bibliografía .....	307
Índice analítico .....	317

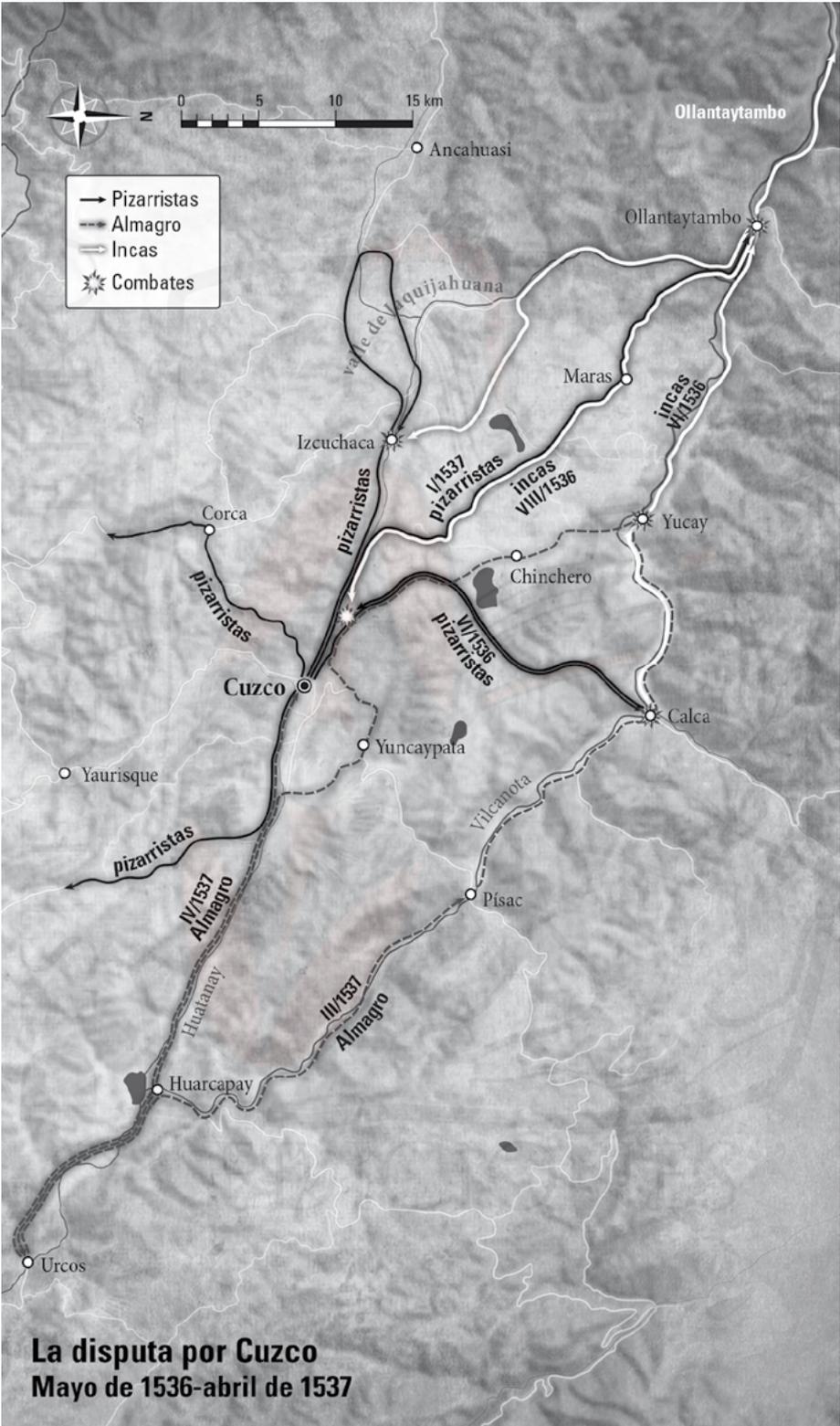






**La marcha sobre Cuzco**  
**Enero-noviembre de 1533**

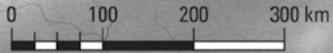




# Las guerras civiles entre conquistadores (parte I) 1537-1548

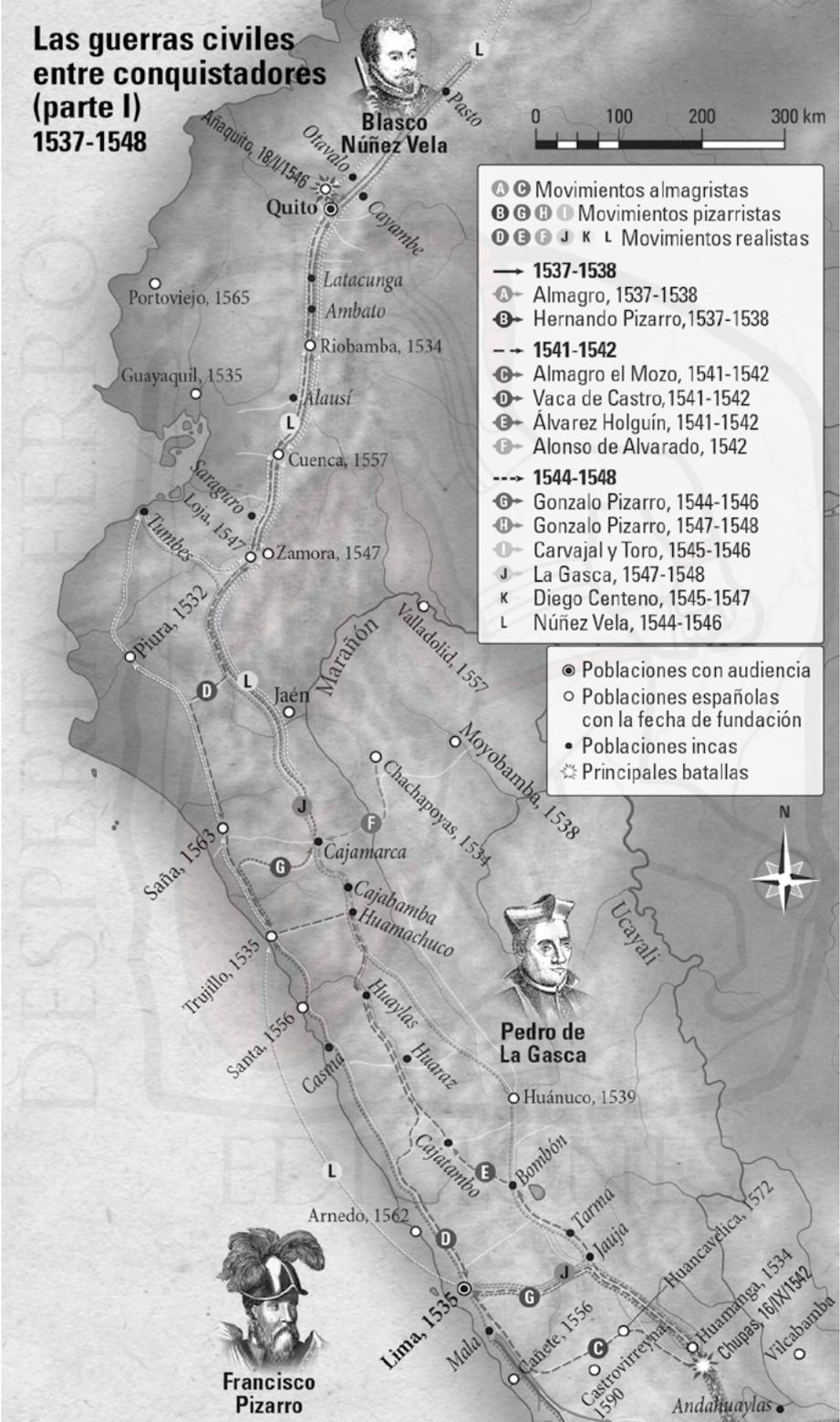


**Blasco Núñez Vela**



- A C** Movimientos almagristas
- B G H I** Movimientos pizarristas
- D E F J K L** Movimientos realistas
- 1537-1538**
- A** Almagro, 1537-1538
- B** Hernando Pizarro, 1537-1538
- - → 1541-1542**
- G** Almagro el Mozo, 1541-1542
- D** Vaca de Castro, 1541-1542
- E** Álvarez Holguín, 1541-1542
- F** Alonso de Alvarado, 1542
- - - → 1544-1548**
- G** Gonzalo Pizarro, 1544-1546
- H** Gonzalo Pizarro, 1547-1548
- I** Carvajal y Toro, 1545-1546
- J** La Gasca, 1547-1548
- K** Diego Centeno, 1545-1547
- L** Núñez Vela, 1544-1546

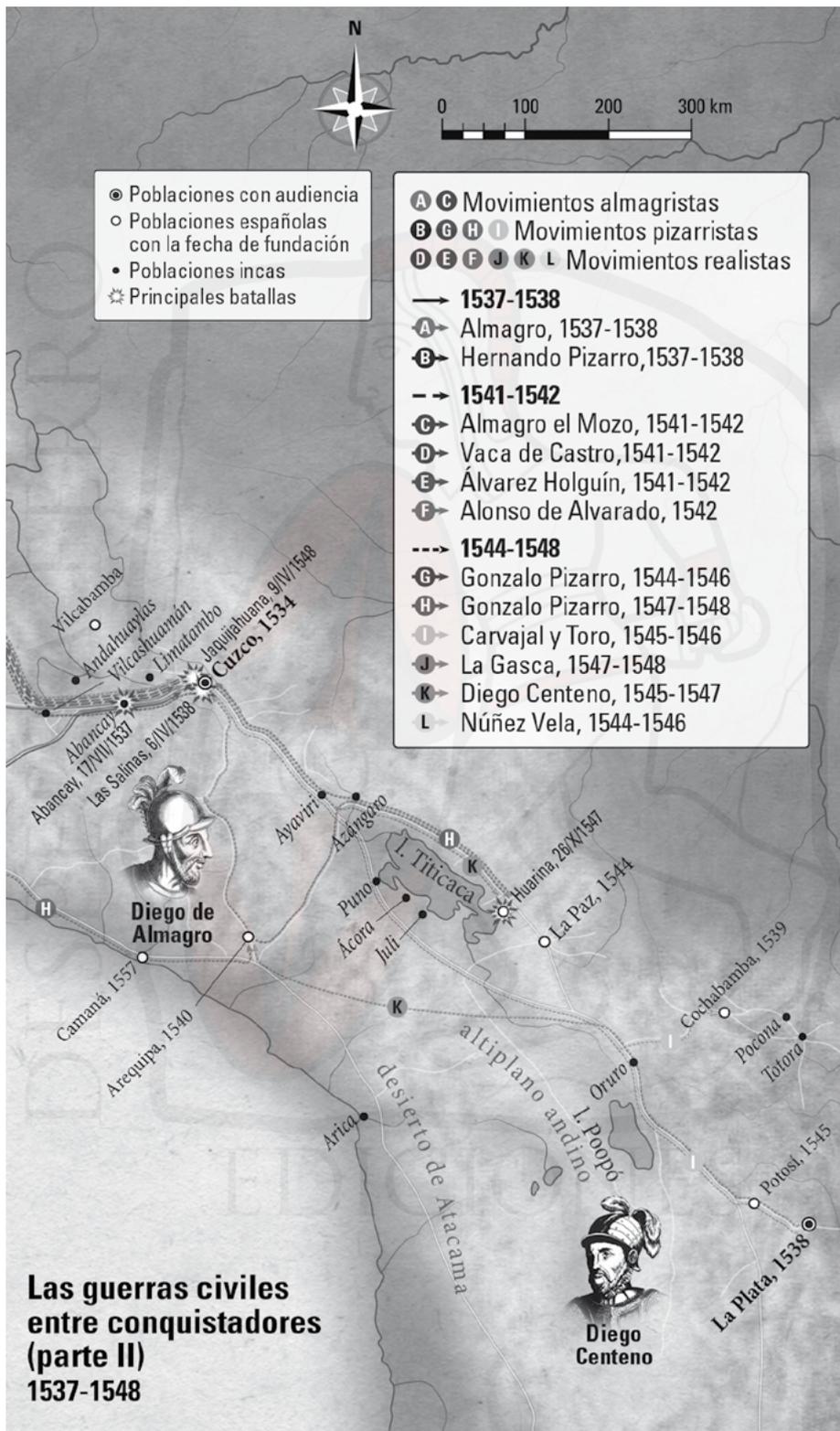
- Poblaciones con audiencia
- Poblaciones españolas con la fecha de fundación
- Poblaciones incas
- ✦ Principales batallas



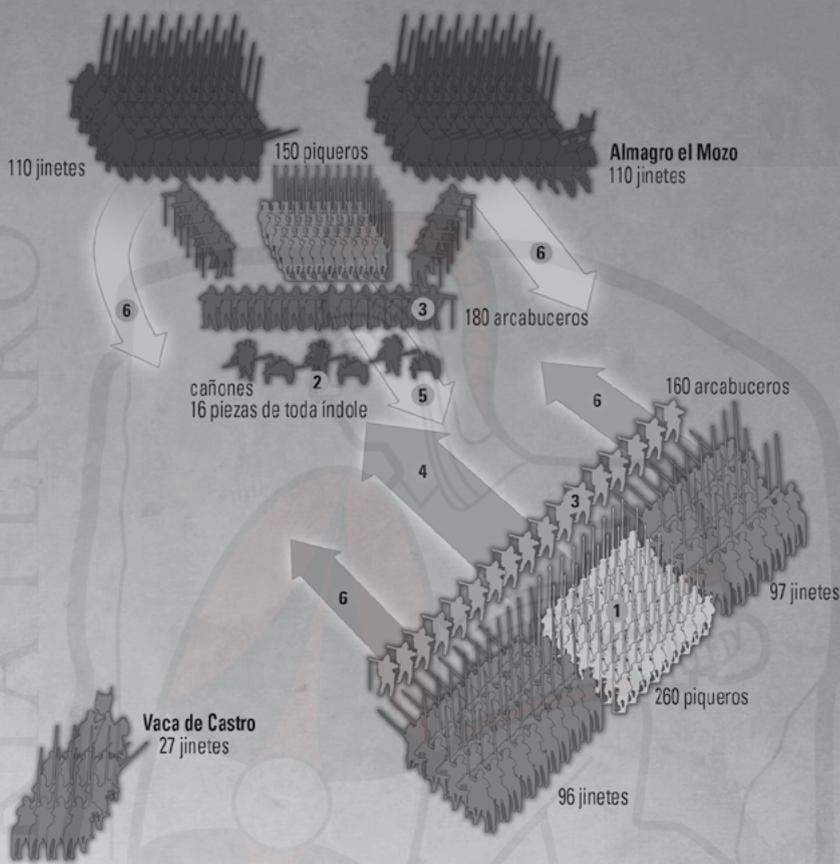
**Pedro de La Gasca**



**Francisco Pizarro**



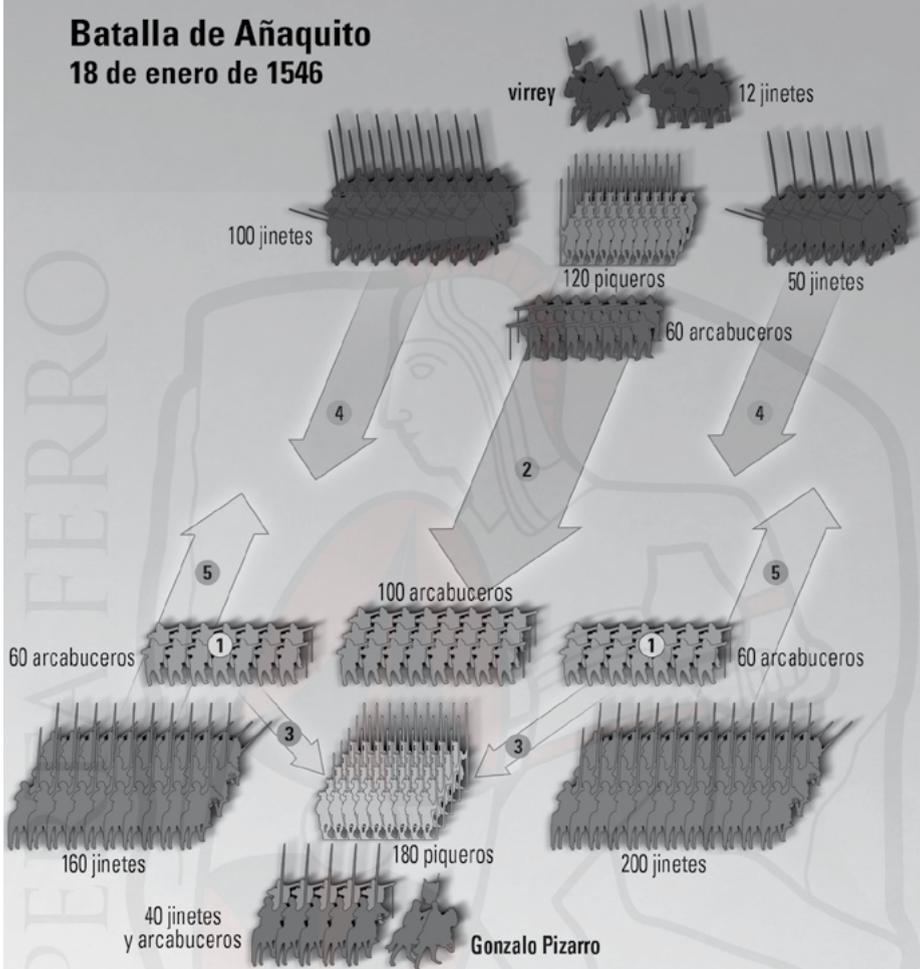
**Las guerras civiles entre conquistadores (parte II) 1537-1548**



## Batalla de Chupas 16 de septiembre de 1542

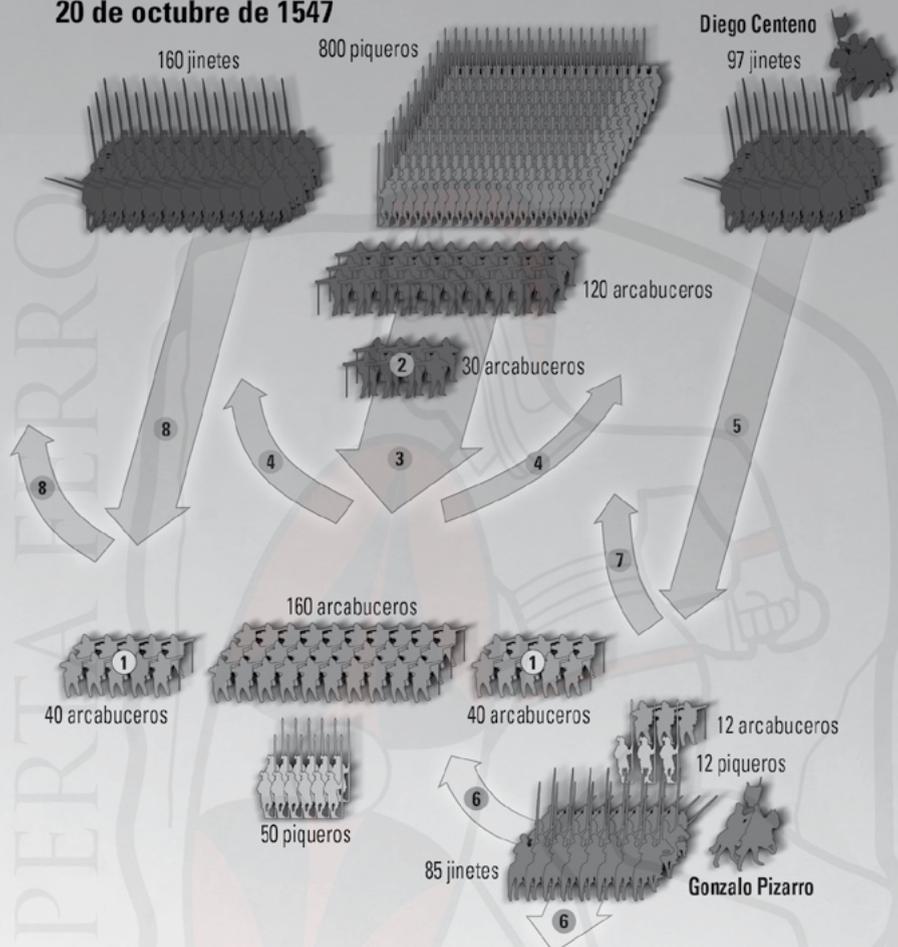
Tras el despliegue inicial, los realistas se desplazan hacia la derecha **1** intentando ponerse fuera del alcance de la artillería **2**. El combate se inicia con el intercambio de disparos entre las mangas de arcabuceros **3**, en los que los realistas se llevan la peor parte. En esta tesitura, **Francisco de Carvajal**, sargento mayor realista, da la orden de avanzar sobre la posición enemiga. La artillería almagrista no tiene mucho efecto sobre la hueste asaltante, pero un certero disparo causa una carnicería entre la infantería realista. En este punto, **Carvajal**, ordena cerrar filas y arremeter **4**, lo que ocasiona que sean, entonces, acribillados por los arcabuceros enemigos. Enardecidos, los almagristas proceden, a su vez, a lanzar a su infantería hacia adelante **5** e inutilizan así su propia artillería. Tras llegar al cuerpo a cuerpo, el combate se generaliza. En su empuje, los piqueros de **Carvajal** alcanzan y toman las piezas de su enemigo. Es el turno de la caballería, que entra ahora en liza **6**. Tras una hora y media de lucha, la superioridad numérica del contingente realista termina imponiéndose y el combate concluye con la total derrota de la hueste almagrista.

## Batalla de Añaquito 18 de enero de 1546



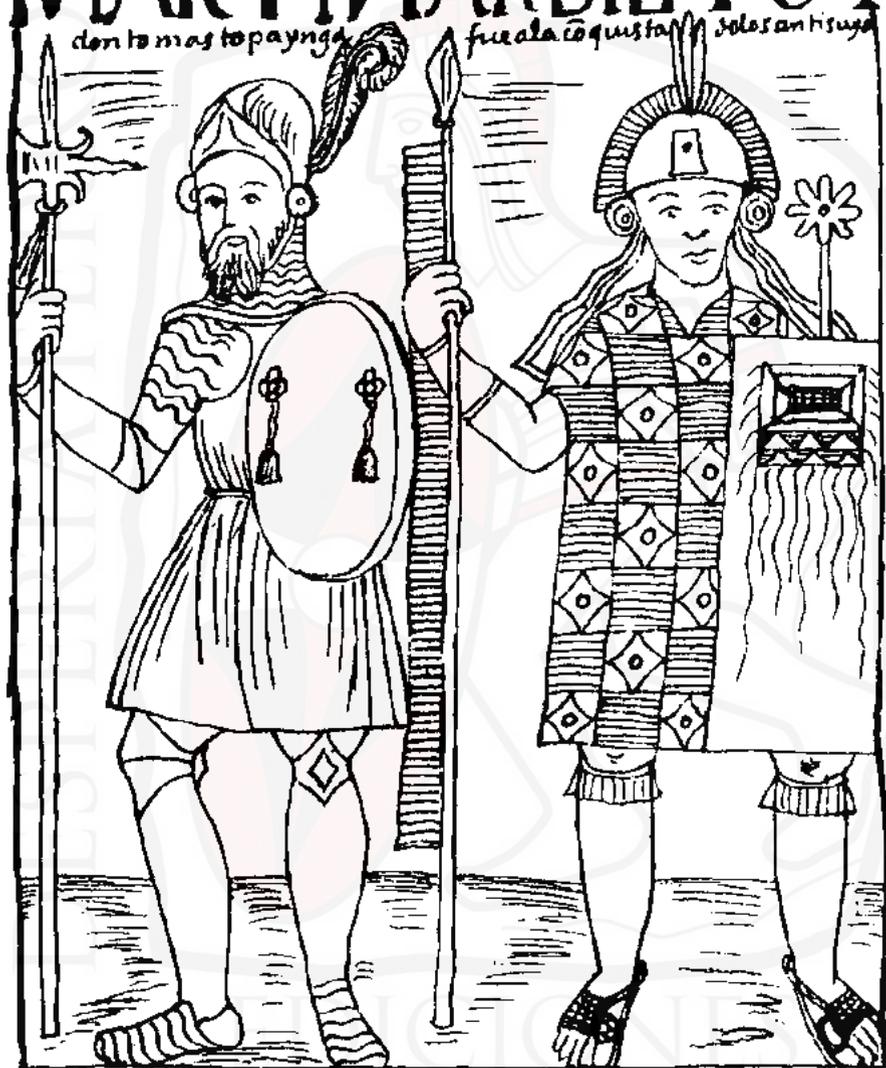
Una vez desplegadas sus tropas, **Gonzalo Pizarro** desgaja de su escuadrón 2 mangas de 60 arcabuceros cada una **1**. Los tiradores de ambos bandos escaramucean con mejor fortuna para los pizarristas, más diestros y veteranos. El escuadrón realista inicia entonces su avance **2**. Los arcabuceros pizarristas mantienen un fuego certero que causa estragos en sus rivales, pero acaban refugiándose en el escuadrón **3**, igual que los realistas. En la lucha cuerpo a cuerpo, los hombres de la Corona, encabezados por los capitanes **Hernández Girón**, que pelea con un montante, y **Sánchez Dávila**, que lo hace con una partesana, consiguen penetrar hasta la tercera hilera de piqueros rebeldes, pero a costa de graves bajas. **Núñez Vela** lanza entonces su caballería a la carga **4**, pero el ataque se lleva a cabo en desorden y a través de un terreno escabroso. El fuego de los arcabuceros pizarristas diezma a los jinetes realistas. **Gonzalo Pizarro** contraataca con su caballería **5**. Un ala la dirige en persona; la otra la manda el capitán **Suárez de Carvajal**. Tanto **Pizarro** como **Núñez Vela** combaten personalmente y derrotan a varios enemigos, pero a la postre se imponen los rebeldes, y el virrey, torcido en su silla, resulta derribado y muerto. La caballería realista se desintegra y la infantería cede y acaba siendo destruida.

## Batalla de Huarina 20 de octubre de 1547



Dispuestos ambos ejércitos para el combate, tanto **Gonzalo Pizarro** como **Diego Centeno** destacan mangas de arcabuceros para escaramucear. Los pizarristas, 2 de 40 bocas de fuego cada una **1**; los realistas, solo una de 30 **2**. Confiados en su abrumadora superioridad numérica, los soldados de la Corona avanzan hacia los rebeldes **3** con las picas caladas y sin cesar sus disparos, a pesar de la recomendación del capitán **Cristóbal de Hervás**. El maestre de campo pizarrista, **Francisco de Carvajal**, contiene a sus numerosos tiradores hasta que los realistas están a solo cien pasos. Entonces lanza una descarga que abate a 150 infantes enemigos. La segunda descarga es definitiva; a pesar de las invocaciones de sus oficiales, la infantería de la Corona se retira en desbandada **4**. La caballería del flanco derecho realista, alcanzada por el fuego de arcabucería rebelde, carga contra su homóloga pizarrista **5**. Confiados en su pantalla de arcabuceros y piqueros, los jinetes rebeldes no están prestos para el combate y los pocos que ofrecen resistencia acaban atropellados o huyen. **Gonzalo Pizarro** logra refugiarse en el escuadrón de infantería **6**. Los jinetes realistas tratan de romper el cuadro de picas, pero el fuego de los arcabuceros acaba con la mayoría y fuerza al resto a huir **7**. En el flanco izquierdo pizarrista, la caballería de la Corona no llega a hacer contacto. La mitad de sus efectivos mueren arcabuceados y los demás escapan **8**.

# BV EN GOBIERNO MARTIN ARBIETO. I



don to mas topaynga

fue ala coqusta

de los antiyu

en la montaña de los Andes

de Ar. Hija

«Buen Gobierno / Martín de Arbieta y don Tomás Topa Inga fueron a la conquista de los Antiuyus / en la montaña de los Andes».

## INTRODUCCIÓN

Lo que el lector tiene entre sus manos no es solo una historia militar al uso de la conquista del Imperio inca, o *Tabuantinsuyu*, sino también una evaluación desde la perspectiva de la «Nueva Historia de las Batallas» de los encuentros producidos en Perú durante los años de las llamadas guerras civiles entre 1537 y 1554.

A mi entender, la figura más preclara, seminal de hecho, dentro de esa corriente historiográfica surgida al calor de la *New Military History* que podemos llamar «Nueva Historia de las Batallas» fue la del historiador británico John Keegan. Su libro, excelente y memorable, se titula *El rostro de la batalla*.<sup>1</sup>

Según Keegan, los sujetos de estudio de la historia militar —aunque yo prefiero hablar de historia de la guerra— han sido múltiples, desde el interés por la evolución de las distintas armas, pasando por el análisis del Ejército como institución, de la estrategia, de la táctica... hasta llegar a interesarse por el estudio de los mandos y de algunos generales en particular. A menudo, numerosas obras que trataban dichas temáticas perdían de vista que los ejércitos, en definitiva, se han creado para combatir. Por ello, concluía Keegan, la historia militar debería en última instancia tratar sobre la contienda. La historia de las batallas —o de las campañas militares— tendría una clara primacía respecto a cualquier otra rama de la historiografía sobre la guerra porque, sencillamente, «no es a través de lo que los ejércitos *son*, sino de lo que *hacen* —es decir, ganar o perder batallas— como se cambian las vidas de las naciones y de los individuos».<sup>2</sup>

A partir de este presupuesto, Keegan nos recordaba que desde la época de Heródoto se escribe sobre su historia; se trataría, entonces, de seguir esa tradición e incorporar, en la medida de lo posible, las emociones de los combatientes como parte ineludible del análisis final de la

batalla. Resulta obvio que no en todas las épocas se ha generado documentación que permita dicho propósito. De hecho, antes del siglo XIX es muy difícil encontrar testimonios directos de combatientes. Cuando se dispone de algunos materiales, como cartas, diarios personales, memorias de los generales o partes de los estados mayores, aún el historiador deberá tener en cuenta que solo dispone de la opinión o la percepción de unas pocas personas que, además, y no lo olvidemos, tienen una reputación que mantener. No deja de ser una visión subjetiva de la batalla. O de una campaña. Por ello, el historiador debe aprender a entenderla a la luz de lo que todos los participantes sintieron que fue y no según las percepciones de unos pocos. Solo de esta forma, el historiador puede escapar de lo que Keegan llamó con gran fortuna «retórica de la historia de las batallas», es decir, de la batalla mítica o mitificada. Quienes la han practicado terminan por dar importancia tan solo al resultado final, y a las acciones de generales famosos, con lo que desprecian, de forma inconsciente, pienso, la experiencia de los restantes participantes en las mismas.<sup>3</sup>

El primero en plantearse cómo era el comportamiento humano durante la contienda parece haber sido el oficial francés Charles J. J. Ardant du Picq –su obra se titulaba *Études sur le combat*, publicada de forma póstuma en 1880–, quien comenzó a repartir un cuestionario entre sus compañeros en el que les preguntaba por su situación y la de sus hombres durante el conflicto. Du Picq quería saber la «verdad» sobre la batalla. Ahora bien, dicho método que, en principio, solo se podía aplicar a soldados en activo, Keegan lo llevó a la práctica preguntando a fuentes clásicas –como las crónicas sobre la batalla de Agincourt (1415)– y a los testimonios particulares –cartas y diarios personales, historias de los regimientos, etc., en el caso de la batalla de Waterloo– pero con una intención diferente a la que movía a Du Picq. Keegan aseguraba que no iba a aportar nada nuevo sobre la logística, la táctica o la estrategia, ni iba a escribir sobre el generalato, como tantas veces se había hecho ya, sino que centraría su atención en temas como el tipo de heridas recibidas y su tratamiento, el espacio elegido para la batalla, el mecanismo de ser cogido prisionero, el sonido del combate, la visibilidad en el enfrentamiento, la coerción utilizada por los oficiales para que los hombres resistieran en su puesto a pesar del temor y, sobre todo, los peligros que representaban para el soldado las distintas clases de armas presentes en el campo de batalla. Es decir, lo que se proponía Keegan era reconstruir la experiencia real de la contienda en la medida de las posibilidades de las fuentes utilizadas –y de su pericia como historiador, que era mucha– y ofrecérsela al lector. Esa ha sido mi intención, también, en el caso de las batallas de las guerras civiles de Perú. Si lo he conseguido, solo el lector puede juzgarlo.

Hubo un ámbito, lejos de Europa, donde los habitantes del Viejo Mundo se enfrentaron y utilizaron las tácticas y las formaciones de combate que habían llevado consigo merced a su experiencia militar: Perú en los terribles años de las guerras civiles (1537-1554). En el presente trabajo me voy a interesar por las batallas libradas durante aquellos aciagos años y, en especial, por la táctica basada en el uso de las armas de fuego, que culminaría en la batalla de Huarina de 1547, el ejemplo más preclaro de victoria conseguida gracias a un uso genial de la arcabucería por parte del maestro de campo del ejército de Gonzalo Pizarro, Francisco de Carvajal (1464-1548), conocido como el Demonio de los Andes. Veterano de las campañas italianas y, entre otras, de la batalla de Pavía (1525), además de la de Rávena (1512) y del famoso saco de Roma (1527), Carvajal no solo fue enemigo de los almagristas y de los hombres del rey, sino también de los historiadores, pues según el cronista Agustín de Zárate, cuando comenzó a escribir su historia de los hechos acaecidos en Perú lo hizo lejos de dichas tierras,

porque solo haberla allá comenzado me hubiera de poner en peligro de la vida con un maestro de campo de Gonzalo Pizarro [es decir, Carvajal], que amenazaba de matar a cualquiera que escribiese sus hechos, porque entendió que eran mas dignos de la ley de olvido (que los atenienses llamaban amnistía) que no de memoria ni perpetuidad.<sup>4</sup>

Pero para entender mejor lo ocurrido en Perú cabe contextualizarlo antes refiriéndome, sin ánimo de ser exhaustivo, a la evolución táctica acontecida en Europa a caballo de los siglos XV y XVI.

## CAMBIOS TÁCTICOS EN LAS GUERRAS EUROPEAS

Con la cada vez más numerosa presencia de infantes –piqueros y arqueros– en los ejércitos europeos de la Baja Edad Media, quien terminó con la supremacía de la caballería pesada en el combate, desde mediados del siglo XVI, y de un modo progresivo, fue el infante dotado de arma de fuego portátil –el arcabucero y el mosquetero–, capaz de atravesar una armadura metálica con sus balas, el auténtico rey de la batalla, protegido de las cargas de la caballería por piqueros y, poco más tarde, por una incipiente artillería de campaña. Pero hasta que se generalizase dicha realidad –si con el duque de Alba, en 1571, había 2 tiradores por cada 5 picas en el ejército de Flandes, en 1601 ya eran 3 los tiradores por cada piquero;<sup>5</sup> el resto de los ejércitos siguió esta tendencia: por ejemplo, una compañía prototípica

del ejército neerlandés, de 135 hombres, incluía 74 infantes con armas de fuego y 45 piqueros—,<sup>6</sup> hubo de pasar un cierto tiempo. Mientras que en grandes batallas como Fornovo (1495) o San Quintín (1557) la potencia de fuego no parece que fuera decisiva para la victoria, en encuentros como Marignano (1515), La Bicocca (1522)<sup>7</sup> o Pavía (1525) sí fue muy importante el concurso de las armas de fuego en manos de la infantería, aunque quizá no tuviese una trascendencia definitiva.<sup>8</sup> En el caso de esta última batalla, los arcabuceros del ejército imperial, la mayoría de ellos procedentes de la Península, no solo derrotaron a la caballería pesada francesa, sino también a sus homólogos del bando galo. En el primer caso, el capitán Quesada, como resultado del entrenamiento y la disciplina de los hombres, consiguió sin la ayuda de los oficiales que los arcabuceros abandonasen en orden sus escuadrones y formasen uno nuevo. «Con aquéllos fue a donde la gente de armas valerosamente peleaba, con cuya llegada perdieron los franceses los caballos y las vidas, porque en llegando comenzaron a tirar a los escuadrones de los enemigos, que aún no andaban bien mezclados [...]». En el enfrentamiento entre infanterías, los arcabuceros imperiales llevaban cada uno tres o cuatro mechas encendidas y «en las bocas cuatro o cinco pelotas, por cargar más presto», ardidés que solo la experiencia podía desarrollar.<sup>9</sup> Permanecieron en sus puestos, listos para disparar, pero arrojados, esperando la descarga del contrario; este adelantó filas unos diez pasos y soltó su descarga, «pero como aún no éramos levantados, y ellos no tiran a puntería, sino con la mano tienen la escopeta, y con la otra ponen fuego atada la mecha a un palillo, no mataron ni aún hirieron a ninguno; y en tirando volvieron a meterse en su escuadrón para tornar a cargar». Era el momento oportuno; entonces, la arcabucería imperial lanzó una primera descarga con tal acierto que la vanguardia de coseletes del contrario cayó a la primera rociada: «y tal coselete se halló con cinco arcabuzazos, otros con dos, y otros con tres y con cuatro, señal que todos llegaron juntos: de suerte que en el tiempo que tengo dicho cayeron más de 5000 hombres, porque hubo arcabucero que tiró diez tiros, y otros ocho, y los que menos a siete». Es muy factible que, tras ser capturado, el rey de Francia, Francisco I, dijese más tarde «que no le habían roto sino arcabuceros españoles, que doquiera que llegaba los había hallado».<sup>10</sup> Los errores tácticos de los franceses, notables en esta batalla, pesaron mucho, pero sin duda el acierto de la arcabucería imperial también. Como señala William H. McNeill,

el fracaso francés en Italia puede ser atribuido en gran medida a una excesiva confianza en los piqueros suizos, la caballería pesada y sus famosos cañones de asedio. Los españoles se

mostraron más dispuestos que los franceses a experimentar con la mosquetería como complemento de las formaciones de piqueros [...],

además de usar con ventaja las fortificaciones de campaña para proteger a sus infantes de la caballería enemiga y ello desde la época del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba.<sup>11</sup>

El único lastre del mosquetero –y antes que él del arcabucero– era su poca cadencia de fuego: un disparo entre cada dos y cinco minutos, ya que ante una carga de caballería solo existía la posibilidad de efectuar un disparo. En 1594, según Geoffrey Parker, está fechada la solución del problema.<sup>12</sup> Guillermo Luis, conde de Nassau, le explicaba a su primo Mauricio, hijo de Guillermo de Orange, en una carta, la manera de asegurar una descarga continua de mosquetería haciendo que los hombres se colocaran en varias filas y dispararan por turnos, cargando las armas mientras otras filas mantenían el fuego. Se trataba de copiar una vieja táctica romana a la hora de arrojar jabalinas, que Nassau había leído en un clásico militar, la *Táctica* de Eliano.<sup>13</sup> Con ello se revolucionó la formación clásica en combate, pues de la formación cerrada de mosqueteros flanqueados por piqueros se pasó a largas filas de varios hombres de fondo para reducir el blanco presentado al fuego enemigo, al tiempo que se maximizaba el efecto de los disparos. El encuentro en el que se oficializó de alguna manera dicha circunstancia se libró en Alemania y fue ganado por el monarca sueco Gustavo II Adolfo. En la batalla de Breitenfeld (1631), un ejército imperial (católico) de 21 400 infantes, 10 000 efectivos de caballería y 27 cañones de campaña, que formó en cuadros de 30 hombres de frente por 50 de fondo, se enfrentó a un ejército sueco con aliados protestantes alemanes de 28 000 infantes y 13 000 soldados de caballería, además de 51 cañones pesados y 4 de campaña para cada regimiento de soldados suecos, es decir, un total, probable, de 80 cañones. Aunque la batalla duró siete horas, los aliados alemanes de los suecos acabaron por retirarse, de modo que estos últimos lucharon en solitario contra los imperiales durante buena parte de la misma. La mayor potencia de fuego sueca, tanto de los cañones como de sus mosqueteros, que llegaron a disparar en solo tres líneas de fondo –la primera línea de rodillas, la segunda, agazapados los hombres, y la tercera de pie–, causaron la muerte de 8000 soldados imperiales y otros 9000 fueron hechos prisioneros. Fue una derrota aplastante.<sup>14</sup>

Nos centraremos en el cuarto capítulo del presente estudio en el análisis de la influencia de tales cambios tácticos en las guerras civiles de Perú. Pero también señalaré cómo Francisco de Carvajal

encontró algunas fórmulas para aumentar la cadencia de los disparos de su infantería mucho antes que el general neerlandés o que el monarca sueco.

## ARMAMENTO EUROPEO Y GUERRAS INDIAS

Uno de los temas más fértiles acerca de la conquista de las Indias ha versado sobre la contraposición entre las armas europeas y sus homónimas aborígenes.<sup>15</sup> Al buscar una causalidad a prueba de mayores disquisiciones, buena parte de la historiografía americanista se contentó con señalar cómo los europeos, en este caso representados por los castellanos, estaban mucho mejor preparados desde el punto de vista tecnológico que los mesoamericanos o los incaicos, y a una distancia abismal del resto de los amerindios, para hacer la guerra. De ahí que estos no tuviesen ninguna posibilidad de victoria y las guerras, en sí mismas, fuesen de corta duración y, por ello —continuaba la argumentación—, tuvieran pocas consecuencias desagradables; pero nada más lejos de la realidad, como veremos. Ahora bien, las guerras civiles peruanas fueron un conflicto entre europeos, un asunto propio que se libró siguiendo las reglas de un juego cruel al estilo de Europa, aunque se pelease en América. Sin duda, los cronistas cuidaron muy mucho en sus descripciones y análisis de las batallas peruanas no olvidar el papel que debían desempeñar las diversas armas, ni a los oficiales más famosos, ni sus crueldades y hazañas. También procuraron hallar testigos imparciales de los hechos, si ellos mismos no los habían vivido para narrarlos a sus lectores. Y no fue fácil.<sup>16</sup>

Sin duda, el uso de caballos en los combates impresionó a los amerindios en los primeros compases de la guerra. Ahora bien, su escaso número en casi todas partes no permite hablar de los mismos a la manera de una «caballería» desplegada como ocurría en Europa. Eso sí, la hueste indiana se sentiría más estimulada con su presencia,<sup>17</sup> mientras que el indio quizá acabó por ver en el caballo una posibilidad para ganar prestigio entre los suyos si conseguía matar alguno. En todo caso, se utilizaron más caballos en la conquista de Perú, donde el terreno no era el más apto para ellos, en comparación con la de México, y en proporción muchos más en la de Chile —donde no fueron del todo decisivos, pues la guerra se hizo eterna, entre otras cosas al usarlos también los reches— o en el intento de conquistar Florida por parte de Hernando de Soto, un veterano de la conquista peruana, el cual incorporó 350 en su hueste.<sup>18</sup> En cambio, en algunas batallas de las guerras civiles, el número de équidos presentes, si contamos ambos bandos, fue notable:

en Las Salinas (1538) participaron 560 caballos; en la batalla de Chupas (1542) fueron 450 los convocados; en Añaquito (1546), solo las tropas del rebelde Gonzalo Pizarro contabilizaban 400 équidos y poco más de un centenar las del virrey Núñez Vela; en Huarina (1547), una batalla atípica en el fondo, solo participaron unos 350 caballos, pero en Jaquijahuana, tras un enorme esfuerzo, se convocaron 800 caballos. Incluso, durante la revuelta de Hernández Girón, en 1554, se utilizarían unas 300 monturas entre ambos bandos.

Al igual que ocurriese con la conquista del Imperio mexicano, también en los primeros compases de la conquista de Perú procuró Francisco Pizarro disimular la muerte de algún caballo, aunque bien pronto pudieron colegir sus hombres cómo los indios temían tanto a sus équidos como «el cortar de las espadas». Por ello, algunos de los ciento setenta compañeros que seguían a Pizarro comenzaron a murmurar al iniciar el ascenso a la sierra, «porque con tan poca gente se iba a meter en manos de los enemigos; que mejor hubiera sido aguardar en los llanos, que no andar por scierras (sic), donde los caballos valen poco».<sup>19</sup> Como bien apunta Charles Mann, aunque siga poniendo por delante del acero a los caballos como principal argumento de la victoria hispana, los caminos incas no supusieron ninguna ventaja para los caballos europeos, ya que estaban contruidos para las llamas. Estos animales, aclimatados a las alturas, pueden subir y bajar escaleras a buen paso, de modo que «los caminos de los incas cortaban en línea recta el fondo de los valles y recurrían a largas escaleras de piedra para ascender las cuestas por la vía más directa», un sistema que destrozaba los cascos de los équidos y obligaba a desmontar y llevarlos de las riendas,<sup>20</sup> momento en que el caballero y la montura eran muy vulnerables. Los soldados incas aprendieron a esperar a sus oponentes en las cimas y, mientras estos subían trabajosamente por aquellas escalas, les lanzaban piedras, las cuales llegaban a matar a algunos animales y espantaban a otros.<sup>21</sup> Francisco de Jerez lo narró de manera muy gráfica; poco antes del encuentro con Atahualpa, el gobernador Pizarro se adelantó con 40 caballeros y 60 peones para alcanzar una fortaleza que señoreaba el camino,

los caballeros llevaban sus caballos de diestro, hasta que a mediodía llegaron a una fortaleza cercada, que está encima de una sierra en un mal paso, que con poca gente de cristianos se guardaría a una gran hueste, porque era tan agria, que por partes había que subían como por escaleras, y no había otra parte por do subir sino por solo aquel camino.<sup>22</sup>

Los caballos alcanzaron precios astronómicos por la poca disponibilidad que había de los mismos en los primeros compases de la conquista, de ahí que los cronistas siempre resaltasen sus muertes en combate,<sup>23</sup> pero también por el mucho dinero que circularía una vez se obtuviesen los primeros y succulentos botines. Un claro efecto inflacionario.<sup>24</sup> Pero el siguiente comentario de Cristóbal de Molina, que, por supuesto, admite una segunda lectura, sobre la forma de cuidar a los potros nos señala una realidad muy particular: en la expedición de Diego de Almagro a Chile en 1535 se vio cómo «algunos españoles, si les nacían potros de las yeguas que llevaban los hacían caminar en hamaca y en andas a los indios, y otros por su pasatiempo se hacían llevar en andas, llevando los caballos del diestro porque fuesen muy gordos».<sup>25</sup> No obstante, pensar en la utilidad militar del caballo como si estos fuesen «el tanque de la Conquista», como escribió John Hemming, es, a todas luces, excesivo.<sup>26</sup> Ahora bien, y como veremos, en el contexto de las guerras civiles solo la caballería iba a conceder la movilidad suficiente a los ejércitos de europeos que se enfrentasen en tierras peruanas. Fue fundamental porque, en el fondo, lo seguía siendo en las guerras europeas, aunque con un carácter táctico distinto al de la caballería pesada medieval.

Tampoco podemos subestimar el concurso de los perros de presa,<sup>27</sup> mastines y alanos, en especial útiles para descubrir emboscadas en las selvas,<sup>28</sup> en el transcurso de la conquista. Pocas descripciones tan vívidas de ellos como las que siguen de fray Bernardino de Sahagún y Pedro Mártir de Anglería son capaces de transmitir el significado de la utilización de los perros de presa, pues el primero señaló cómo

ansimismo ponían grand miedo [en los indios] los lebreles que traían consigo, que eran grandes. Traían las bocas abiertas, las lenguas sacadas, y iban carleando. Ansí ponían gran temor en todos los que los v[e]ían.

Por su parte, Anglería aseguraba que «Se sirven los nuestros de los perros en la guerra contra aquellas gentes desnudas, a las cuales se tiran con rabia, cual si fuesen fieros jabalíes o fugitivos ciervos [...] de suerte que los perros guardaban en la pelea la primera línea, y jamás rehusaban pelear».<sup>29</sup> Por otro lado, en una Real Cédula del 7 de octubre de 1541 dirigida a Francisco Pizarro y a Cristóbal Vaca de Castro se demandaba que, ante las noticias recibidas sobre cómo

los españoles tienen perros carnyceros cebados en los yndios<sup>30</sup> e que de tal manera están los dichos perros encarnyçados que yendo por la calle o por el campo o por otras partes los dichos perros denonadamente arremeten con los dichos yndios y los maltratan e yeren [...], [los perros] se matasen porque al presente no avia neçesidad dellos.<sup>31</sup>

Pero ¿en un conflicto entre ejércitos europeos, entre caballeros con armadura completa, se necesitaba usar de los perros? ¿No era esta un arma solo apropiada para los enfrentamientos contra combatientes a todas luces inferiores? Desde luego, no hay alusiones al uso de los perros a nivel bélico en los trabajos de los cronistas de las guerras civiles peruanas.

En cuanto a la tecnología armamentística europea,<sup>32</sup> la cuestión de las armas de fuego –portátiles y la artillería– invita a la reflexión. Los arcabuces utilizados siempre lo fueron en muy reducido número en los primeros compases de la conquista y en cuanto a la artillería habría que insistir acerca del tipo de piezas que se usaban, pues había muchos más falconetes (que lanzaban proyectiles de hierro de 2 a 4 libras de peso), versos (de 1 a 3 libras), o medias culebrinas (de 7 a 14 libras de peso), es decir piezas ligeras, que no piezas pesadas de la gama de los cañones de batir (que disparaban proyectiles de 40 a 50 libras de peso), los cañones (de 28 a 35 libras) o medios cañones (de 15 a 27 libras). Además de la dificultad para proveerse de pólvora. Como defiende en este libro, el uso masivo de las armas de fuego portátiles en las batallas de las guerras civiles, sobre todo conforme fueron evolucionando los acontecimientos, marcan una diferencia notable con respecto a las operaciones militares llevadas a cabo en las guerras contra los aborígenes. Ahora bien, en las batallas de las guerras civiles sí hubo una preocupación evidente por contar con artillería: la hubo en Las Salinas –una docena de piezas del lado pizarrista por justo la mitad del lado almagrista–, o en Chupas –las 16 piezas de Almagro el Mozo frente a las 4 del campo realista no le dieron la victoria–, pero no parece que la hubiera ni en Añaquito ni en Huarina aunque sí en Jaquijahuana, puesto que el campo real portaba 11 piezas y el del rebelde Pizarro media docena.

Las ballestas tampoco se pueden olvidar, ya que carecían de las limitaciones de las armas de fuego –muy escasas al principio de la conquista, tan dependientes del estado y de la cantidad de pólvora que se tuviera y de ejecución lenta: un disparo entre cada dos y cinco minutos, como se ha dicho–, tenían un gran poder de penetración y eran más fáciles de usar. Los indios auxiliares podían fabricar miles de flechas en un momento dado. Así, mientras en Europa las famosas compañías de ballesteros medievales

se sustituyeron por los arcabuceros, aunque con una cierta lentitud, en las Indias, durante los primeros decenios, la ballesta fue un arma muy útil que solo en la década de 1570 en adelante parece ser suplida casi por completo por el arma de fuego.<sup>33</sup> Ahora bien, una cuestión que obliga a reflexionar sería su, en apariencia, escasa participación en las batallas de las guerras civiles peruanas. ¿Un descuido de los cronistas? ¿Era, en realidad, un arma poco utilizada en aquellos conflictos? ¿O el impacto del uso del arma de fuego portátil fue tan notable que se erradicó, antes en Perú que en otros lugares, el uso de la ballesta? El caso es que Pedro Pizarro sí cita, pero de forma muy puntual, la presencia de ballesteros junto con arcabuceros en su narración del sitio de Cuzco por Manco Inca Yupanqui y en la lucha de la gente de Diego de Almagro contra los hombres de Alonso de Alvarado, donde señala que disponían de pocas de tales armas.<sup>34</sup> También en la anónima *Relación del sitio del Cuzco* se menciona que Francisco Pizarro envió a Alonso de Alvarado con gente de caballería y 150 infantes, de los cuales 40 eran ballesteros, con destino a Cuzco.<sup>35</sup>

En realidad, se me antoja muy importante resaltar la trascendencia del armamento del infante hispano que, protegido por su rodela, actuaba de forma ofensiva con sus espadas. Estas espadas de acero tenían la medida justa para alcanzar y herir de modo fatal a un rival que careciese de las protecciones corporales oportunas. Cronistas como Cieza de León, en especial, siempre resaltaron su importancia y hablaron del temor aborígen al «cortar de las espadas» españolas. En algunas ocasiones, cuando era muerto un hispano, los compañeros del fenecido se podían ensañar con los contrarios, como cuando en las cercanías de Tumbes cayó el soldado Jiménez, los hombres de Pizarro atraparon a su ejecutor y «con golpes de espada lo hicieron pedazos».<sup>36</sup>

No menos trascendente que la calidad de las armas europeas, y su ausencia en el mundo incaico, fue la percepción que de las mismas pudieran tener los indios en un momento dado. En el caso de Perú, es más que notoria la reflexión que un curaca de Tangará, emisario de los hispanos, le hiciese a un familiar de Atahualpa poco antes del encuentro de este último con Pizarro y su gente en Cajamarca. Al tío de Atahualpa, pues tal parentesco le otorgó Francisco de Jerez, se le comentó, ante sus ruegos de información sobre el armamento hispano, cómo estos llevaban caballos «que corren como viento, y los que van en ellos llevan unas lanzas largas y con ellas matan a cuantos hallan, porque luego en dos saltos los alcanzan. Y los caballos con pies y bocas matan muchos». La infantería estaba compuesta por hombres hábiles, bien defendidos con sus rodela de madera y,

jubones fuertes colchados de algodón y unas espadas muy agudas que cortan por ambas partes, de cada golpe, un hombre por medio, y a una oveja llevan la cabeza, y con ella cortan todas las armas que los indios tienen; y otros traen ballestas que tiran de lejos, que de cada saetada matan un hombre y tiros de pólvora que tiran pelotas de fuego, que matan mucha gente.

Pero esas descripciones no parecieron impresionar a los allegados de Atahualpa, los cuales solo se fijaban en el reducido número de la hueste hispana, y como «los caballos no traían armas» los pensaban matar con sus lanzas; además, los tiros de pólvora, es decir los cañones, solo eran dos.<sup>37</sup>

Por último, cabría insistir en que hoy día la moderna historiografía americanista ha reconocido que, en realidad, el más importante y decisivo instrumento de la conquista fue la ayuda otorgada por los propios aborígenes,<sup>38</sup> además de la voluntad hispana por conquistar, y no tanto su preponderancia tecnológica.<sup>39</sup> Otra cuestión es el sentir —las convicciones, al fin y al cabo— de la mayor parte de los cronistas coetáneos, además del de los propios participantes. Muy difícil es hallar al indio aliado —los «amigos» como aparecen denominados en algunas narraciones—, guerrero en definitiva, en pie de igualdad con el europeo en las páginas de las crónicas. O en las obras del propio padre Las Casas.<sup>40</sup> Y ello ocurre con especial evidencia en quienes escribieron sobre las guerras civiles de Perú. También es difícil encontrar alusiones, si bien las hay, al papel jugado por los esclavos africanos presentes en aquellas contiendas. De hecho, será conforme avancen los conflictos civiles que la actuación de los mismos pareció cobrar brío, como veremos.

## SOLDADOS EN EUROPA, CONQUISTADORES EN AMÉRICA

En el transcurso de la conquista de las Indias, de manera muy habitual se calificaba automáticamente a los hombres como expertos militares gracias a su experiencia bélica en Europa y, en especial, en las guerras de Italia. Un ejemplo de ello sería Diego García de Palacio, alcalde mayor y oidor de la Audiencia de Ciudad de México, quien, en sus *Diálogos militares* (1583), ya planteó el dilema de si en América había posibilidades de aprender algo en cuanto al arte de la guerra. Bosquejada su obra como un típico diálogo, en este caso entre un vizcaíno, que pregunta, y un montañés (cántabro), que responde, el primero se refería a «la

poca theórica de las cosas de la guerra que hasta ahora se ha practicado en la parte de las Indias», si lo comparamos con Italia, por ejemplo. El montañés, optimista, replicaba que muchos de los que conquistaron las Indias ya habían cultivado el oficio en Italia antes, «y aprendieron la manera de pelear, que en particular allí es necesario: con la qual suplieron y aventajaron la que llevaba o sabida [...] porque en las Indias ya se sabe todo lo necessario al Arte militar». <sup>41</sup> Al inicio de su campaña mexicana, cuando Hernán Cortés realizó un alarde de sus tropas en la isla de Cozumel, Bernal Díaz del Castillo destacó el cuidado con el que se manipulaban las armas, y en especial la artillería, significativamente al mando de Francisco de Orozco, «que había sido soldado en Italia». <sup>42</sup> Más tarde, en el transcurso de la huida de México-Tenochtitlán —la famosa Noche Triste del 30 de junio de 1520—, Díaz del Castillo comentaba la dureza del combate contra los mexica contrastándola con las guerras en Europa:

E no sé yo para qué lo escribo así tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que se habían hallado entre cristianos contra la artillería del rey de Francia, ni del gran turco; ni tanta gente como aquellos indios, que con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron [...] <sup>43</sup>

Otros conquistadores, como Francisco Sebastián, soldado de la desdichada expedición de Hernando de Soto a Florida (1538-1543), donde moriría ahogado, y *milite* veterano de las guerras de Italia, según las fuentes citadas por el Inca Garcilaso de la Vega, historiador de aquella campaña, aseguraba las bondades de luchar en Italia en comparación con hacerlo en aquellas tierras de salvajes. Refiriéndose al país transalpino, decía Sebastián:

Si acertava a matar algún enemigo turco, moro o francés, no faltava qué despojarle, armas, vestidos o cavallos, que siempre me valían algo más; mas aquí he de pelear con un desnudo que anda saltando diez o doze pasos delante de mí, flechándome como a fiera sin que le pueda alcançar; y ya que mi buena dicha me ayude y le alcançe y mate, no hallo qué quitarle sino un arco y plumage, como si fueran de provecho. <sup>44</sup>

E incluso hubo quien ensalzó las cualidades militares de los indios, aunque solo fuese por resaltar la victoria final de Hernán Cortes. El licenciado Jerónimo Ramírez, utilizando ejemplos de la Antigüedad clásica –los tebanos, en principio poco dados a los asuntos marciales, terminaron siendo unos expertos en la guerra por la presión de sus contrarios–, consideraba que si bien era verdad que los indios, antes del descubrimiento,

eran guerreros y belicosos, porque unas provincias con otras traían entre sí muy sangrientas guerras, poco después que pasaron a las Indias españolas y comenzaron a entrar en campo con ellos, salieron tan esforzados y valientes, y tan ingeniosos en ardidés de milicia, que se podían comparar con los más prácticos soldados de Italia, porque los indios ni en fuerzas, ni en buena proporción y firmeza de cuerpo, ni en valor, ni en ánimo ni entendimiento, ni en discurso de razón dan la ventaja a ninguna nación del mundo.<sup>45</sup>

No obstante, el cronista Fernández de Oviedo se burlaba bastante de la preeminencia adquirida por los veteranos de Italia. Pensaba que, entre las cualidades del soldado, debía estar presente el ser sencillo, recatado y no presumido. No faltaba el que alardeaba de haber participado en alguna de las grandes batallas en suelo italiano:

Si os diçe que se halló en la [batalla] de Rávena, no curéis dél si es español, pues que quedó vivo y no fue preso; e si estuvo en la de Pavía, tampoco; o en el saco de Génova o de Roma, mucho menos, pues no quedó rico, y si lo fue, lo jugó o ha perdido: no fiéis dél.

Además, la realidad americana era muy diferente a las «comodidades» que los soldados hallaban en Italia; por otro lado, la esperanza de lograr un botín hacía a todos los hombres leales y fieles, situación que podía cambiar muy rápido en caso de no conseguirlo y, por tanto, momento en el que se debían valorar las virtudes morales del soldado.<sup>46</sup>

Aunque no todos los cronistas estarían de acuerdo, lo cierto es que se valoraba la experiencia militar adquirida en Europa, es decir, en Italia, a la hora de formar los escuadrones. El Inca Garcilaso de la Vega relata que, una vez iniciadas las guerras civiles de Perú, y tras ponerse las tropas de Vaca de Castro en orden de batalla, Diego de Almagro,

el Mozo, hizo lo propio con las suyas, dispuesto para el combate, pero delegando tal menester en su sargento mayor, Pedro Suárez, «que había sido soldado plático en Italia y sabía bien de milicia, reconociendo la ventaja que en el sitio tenía a sus contrarios, formó luego su escuadrón». La batalla de Chupas (1542) fue una derrota almagrista porque las órdenes de Suárez –sin olvidar la posible traición del jefe artillero Pedro de Candía– no se cumplieron.<sup>47</sup>

En 1539, Pedro de Valdivia, quien había militado en Flandes y como alférez en Italia (1522-1525) y había llegado a las Indias en 1535, incorporándose a la conquista de Perú un año más tarde, solicitó a Francisco Pizarro la venia para intentar la conquista de Chile. Años más tarde, en 1547, regresaría a Perú tras el desastre de Huarina para poner orden en las huestes reales lideradas, entonces, por Pedro de la Gasca. Así, en la batalla de Jaquijahuana (1548), que acabaría con la aventura rebelde de Gonzalo Pizarro, Antonio de Herrera asegura en su crónica que Francisco de Carvajal, al percibir el buen orden del campo enemigo, y sabiendo que el capitán Cristóbal de Hervás había muerto en la batalla de Huarina, lo achacó a la presencia en el ejército de La Gasca de Pedro de Valdivia, «porque aunque había en el Perú muchos y muy experimentados capitanes, era en la guerra de aquella tierra, pero que de la de Europa no había más».<sup>48</sup> Carvajal, ciertamente, reconocía la pericia de un igual.

Con el bagaje atesorado no solo en las guerras de Italia, sino también en las batallas y encuentros habidos en las Indias, Francisco de Carvajal se adelantó en varios decenios a las tácticas empleadas en Europa a la hora de sostener la cadencia de fuego en batalla. La de Huarina (1547) iba a ser su obra maestra.

Pero para entender la génesis de las guerras civiles, y la dureza desplegada en las batallas acontecidas, hay que comprender de antemano cómo se había producido la conquista del Imperio inca, además de las incursiones hispanas en el territorio chileno, un fenómeno militar muy distinto al peruano, pero que se retroalimentó con las propias guerras civiles: desde Chile –como desde otros territorios, cierto– llegarían hombres y oficiales, algunos decisivos como Pedro de Valdivia, a luchar a Perú, y desde Perú, una vez consumadas las derrotas de Gonzalo Pizarro y de Francisco Hernández Girón, la conquista de Chile se beneficiaría de nuevos impulsos, no solo humanos y materiales, sino también tácticos y mentales, con un uso cada vez más decisivo de la caballería y el arma de fuego portátil, si bien no condujo, como es sabido, a la derrota definitiva de los aborígenes.

La metodología, de acuerdo con los preceptos antes expuestos de la «Nueva Historia de las Batallas» al estilo de John Keegan, se ha centrado en un análisis lo más detallado posible de toda una nómina de cronistas de Indias, de sensibilidades e intereses muy distintos, unos testigos presenciales de los hechos, otros no, así como de la documentación generada por algunos protagonistas. Como es lógico, la lejanía cronológica con los acontecimientos nos priva de muchos de los materiales de los que otros autores se han podido servir para batallas libradas en fechas más cercanas a nosotros, pero estoy convencido de que un nuevo acercamiento a la materia era útil y, sobre todo, reflexionar sobre las batallas de las guerras civiles era oportuno, más que nada por estar persuadido de que el estudio atento de un encuentro militar puede ofrecer, tanto cuantitativa como cualitativamente, una información muy rica. Porque un ejército desplegado en el campo de batalla no deja de ser, también, un compendio de las características, cualidades, defectos, virtudes y límites de la sociedad que lo organizó. Por tanto, se podría estudiar dicha sociedad, en este caso la primera sociedad colonial peruana, al igual que la chilena, a todos los niveles teniendo como punto de partida sus encuentros militares.



Escribir sobre una temática a veces tan dura –numerosos pasajes de los cronistas de Indias no dejan de ser compendios del horror– tan solo se puede conseguir en un ambiente relajado como el que me proporciona mi pareja, Mercedes Medina Vidal. Espero estar a la altura del amor que me profesa. De igual manera, quiero recordar a mis alumnos de la Universidad Autónoma de Barcelona, quienes me soportan como docente, con el ánimo de que este libro sea para ellos una prueba tangible de cómo, aún en momentos difíciles, podemos seguir haciendo cosas como historiadores y como ciudadanos. Y, por supuesto, quiero dar las gracias a todo el personal de la editorial –y de la revista– Desperta Ferro por la amabilidad con la que han acogido esta propuesta. En especial a Alberto Pérez Rubio, Àlex Claramunt Soto e Isabel López-Ayllón. Todavía me asombráis.

---

## NOTAS

1. Keegan, J., 1990.
2. *Ibid.*, 40. Las cursivas en el texto son de Keegan.
3. *Ibid.*, 43-46.

4. Zárate, A. de, 1577, preámbulo. Zárate nos dejó una imagen muy negativa del personaje: gran soldado, amancebado con una dama de origen portugués, Catalina de Leyton, desde sus años en Italia, tras su paso por la encomienda de Heliche, en España, donde fue mayordomo, más tarde viajaría a Nueva España, donde el virrey Antonio de Mendoza lo hizo corregidor. Carvajal llegó a Perú como uno de los enviados por aquel virrey para ayudar al gobernador Pizarro a controlar la revuelta de Manco Inca Yupanqui. Asentado con una encomienda de indios en Cuzco, Carvajal intentó marcharse a la Península con 15 000 pesos, pero, como se verá, le fallaron sus previsiones de viaje. Una vez toma partido por Gonzalo Pizarro en 1544, Zárate no duda en señalar su tendencia a la crueldad a la hora de ejecutar a muchos por motivos livianos, sin reparar en hacer donaires y bromas en tan terribles momentos, además de su codicia, pues algunos se salvaron al ofrecerle un soborno. Ver también Zárate, A. de, 1577, V, 63.
5. Entre los tercios embarcados para la empresa de Inglaterra (1588), uno de 2500 plazas estuvo compuesto por 1400 arcabuceros, 840 mosqueteros y solo 610 piqueros. En la campaña de 1596 en Flandes, un tercio de 1316 hombres estaba constituido por 660 arcabuceros, 238 mosqueteros y 418 coseletes. Ejemplos citados en Albi de la Cuesta, J., 2006, 208-209. Como observamos, mayor potencia de fuego que la defendida por el duque de Rohan en su conocida obra *Le parfait capitaine* (Paris, 1636), donde sugería la formación de regimientos de 1440 hombres: 600 piqueros, 600 mosqueteros y 240 infantes con adarga.
6. Tallett, F., 1992, 24.
7. En esta batalla, 3000 infantes suizos cayeron bajo los disparos de la parapetada infantería hispana. Al respecto, Black, J., 2002, 75-76. También, Keegan, J., 1993, 331.
8. Parker, G., 2010, 159-160. Tallett señala como en tales cuestiones: «The decade around 1520 was probably crucial» [La década alrededor de 1520 fue, probablemente, crucial]. Y en las batallas señaladas «pikemen proved vulnerable to gunfire, and thereafter no army could do without arquebusiers, both to protect its own pikemen and to threaten the enemy's» [Los piqueros se mostraron vulnerables a los disparos, y después ningún ejército pudo prescindir de los arcabuceros, tanto para proteger a sus propios piqueros como para amenazar a los enemigos]. Ver también Tallett, F., 1992, 24. Aunque Jeremy Black asegura que «However much advantage in Pavia and other battles is attributed to firepower, as armies developed tactics that did not pitch vulnerable forces against shot, so the edge gained simply by using it diminished», [Sin embargo, mucha ventaja se atribuye, en Pavía y otras batallas, a la potencia de fuego, si bien los ejércitos desarrollaron tácticas que intentaron reducir la vulnerabilidad de sus fuerzas contra los disparos, por lo que la ventaja ganada –gracias a las armas de fuego– simplemente fue disminuyendo con el uso], en Black, J., 2002, 78.
9. Como recuerda Tallett: «The rate of misfire with an arquebus might be as high as 50 per cent; even with a flintlock it was on shot in five» [La tasa de disparos fallidos con un arcabuz de mecha podía llegar a alcanzar el 50 % de los mismos, e incluso con llave de sílex podía ser del 20 %]. Además, el arcabuz dejaba de ser preciso más allá de los sesenta metros. Ver también Tallett, F., 1992, 22-23.

10. Todas las citas de «Relación sacada de la que escribió fray Juan de Oznayo [...]», en C. D. I. H. E., t. IX, citado en Díaz-Plaja, F., 1988, 173-184, en especial 178-179.
11. McNeill, W. H., 1988, 101.
12. Como señala agudamente Julio Albi, en la famosa obra de Bernardino de Mendoza, *Teoría y práctica de la guerra* (Bruselas, 1595), este defendía un uso más complejo de las armas de fuego en combate mediante descargas: «las primeras hileras pongan las rodillas en tierra para disparar, descubriendo con esto blanco a los que quedan atrás [...] disparando a un tiempo las rociadas». Citado en Albi de la Cuesta, J., 2006, 200.
13. En realidad, el texto de Eliano, *Táctica*, tuvo una gran fortuna editorial en la Europa de aquellos años. Conocemos una quincena de ediciones entre la romana de 1487, impresa por E. Silber, y una edición de su traducción inglesa de 1631.
14. Parker, G., 2010, 164-165. Ver también Tallett, F., 1992, 27.
15. Sobre las armas, sigue siendo insuperable en su modalidad la obra de Salas, A. M., 1986, si bien encontraremos más descripción que análisis.
16. Agustín de Zárate explica cómo buscó información, cuando él no fue testigo de vista, «de personas fidedignas y no apasionadas, lo qual se halla con gran dificultad en aquella a provincia, donde ay pocos que no estén más aficionados a una de las dos parcialidades de Piçarro, o de Almagro, que en Roma estuvieron por César o Pompeyo, o poco antes por Syla o Mario. Pues entre los vivos y los muertos que en el Perú vivieron, no se hallará quien no aya recebido buenas ó malas obras de una de las dos cabeças, o de los que de ellas dependen», en Zárate, A. de, 1577, preámbulo.
17. Cieza de León no dudó en opinar que «la fuerza de la guerra y quien la ha hecho a estos indios, los caballos son», en Cieza de León, P., 1984, vol. III, 299.
18. Espino, A., 2013, 29-35.
19. Cieza de León, P., 1984, vol. III, 269-272.
20. Sancho de la Hoz refiere cómo tras subir uno de aquellos caminos, «una montaña asperísima y larga, toda hecha de escalones de piedra muy menudos. Aquí trabajaron tanto los caballos que cuando acabaron de subirla se habían desherrado la mayor parte, y tenían gastados los cascos de los cuatro pies», en Sancho de la Hoz, P., 2004, 71.
21. Mann, Ch. C., 2009, 124.
22. Jerez, F. de, 1985, 94.
23. Ruiz de Arce, por ejemplo, aseguraba que a él mismo le mataron el suyo poco antes de entrar en Cuzco, por primera vez, la hueste conquistadora. El caballo le había costado 1600 pesos. Ruiz de Arce, J.: «Advertencias de Juan Ruiz de Arce a sus sucesores», 101.
24. Según Toribio de Ortiguera, en su conquista del país de la Canela, en 1540, Gonzalo Pizarro portó consigo 280 españoles y 260 caballos, «que el que menos valía en aquella era pasaba de 500 pesos de oro de a 22 quilates y medio, y otros al doble, porque como era al principio del descubrimiento de este reino, eran pocos los que había», en Ortiguera, T. de, 1909, capítulo XV.
25. Molina, C. de, 1968, 84.
26. Hemming, J., 2000, 130. Con todo, algunas alabanzas, como las de Cieza de León, permiten hablar de la importancia del caballo en determinados

momentos del proceso de conquista. Por ejemplo, al tratar sobre el avance protagonizado por Hernando de Soto con entre 40 y 60 caballos en la zona de Vilcas, Cieza de León argumenta, a pesar de hallarse en alto y tener cierta ventaja sobre los caballos que subían una ladera de la sierra: «Tanto era el miedo que habían cobrado a los caballos que habían perdido todo el ánimo; cuando no los veían hacían fieros, parecían que con mil españoles pelearían; como oían sus relinchos y su talle, temblaban de miedo, no peleaban ni hacían más que huir», en Cieza de León, P., 1984, t. III, 303.

27. Sobre los perros en la conquista, ver Vaner, J. G. y Vaner, J. J., 1983, prólogo, XIV, para quienes los cánidos «functioned in the conquest as a lethal weapon of war has surprised and even shocked many, but this was one of the uses to which, over the centuries, Europeans bred and cultivated dogs. They developed certain blood strains with breed names to signify the tasks for which the dogs were most useful, and they established a strain of pureblooded dogs that fanciers tried to keep untainted» [funcionaron en la conquista como un arma letal para gran sorpresa y estupor de muchos, pero este fue, de hecho, uno de los usos para el que, a lo largo de los siglos, los europeos criaron y seleccionaron perros. Desarrollaron ciertas razas puras, con nombres apropiados para distinguir las tareas más adecuadas para dichos perros; unas razas que los interesados procuraron mantener sin mezclas].
28. En su retorno hacia Quito tras la fallida conquista del País de la Canela, en la actual Amazonía ecuatoriana, Gonzalo Pizarro y su gente, una vez habían muerto hasta 40 de sus hombres de inanición aquellas jornadas, «se pudieron sustentar con matar y comer los caballos que les quedaban, y algunos lebreles, y otros géneros de perros que llevaban», según el cronista Agustín de Zárate. Pasajes como el citado no rebaten en absoluto la épica de la Conquista, pero sí consiguen evitar que veamos a équidos y cánidos únicamente como armas. También eran sustento. Ver también Zárate, A. de, 1947, lib. IV, capítulo V. Por su parte, Toribio de Ortiguera no solo refiere la ingesta de los caballos, sino cómo «soldados hubo que tenían por remedio sangrar los caballos cada ocho días y cocer la sangre de ellos con yerbas en los murrones que llevaban, y comérsela de esa suerte con yerbas y todo», en Ortiguera, T. de, 1909, capítulo XV.
29. *Vid.* Sahagún, B. de, 1995, t. II, 830. Ver también Mártir de Anglería, P., 1989, 165.
30. Girolamo Benzoni trató, con su conocido sentido crítico, sobre los españoles «que mataban a los indios por puro gusto, entregándolos después a los perros». De hecho, Cieza de León, por ejemplo, comentó lo siguiente: «Yo conocí un Roque Martín, vecino de la ciudad de Cali, que a los indios que se nos murieron, cuando viniendo de Cartagena llegamos aquella ciudad, haciéndolos cuartos los tenía en la percha para dar de comer a sus perros [...]», en Benzoni, G., 1989, 254, n. 126.
31. Citado en Barnadas, J. M.<sup>a</sup>, 1973, 323, n. 403.
32. En los últimos años, V. D. Hanson ha intentado revitalizar «el papel esencial de la tecnología y la superioridad militar occidentales», en este caso de los castellanos en la conquista de México, pero lo hace de una forma muy poco convincente y sin aportar, de hecho, ningún argumento nuevo a la discusión. Hanson, V. D., 2004, 251-260.

33. Weckmann, L., 1984, t. I, 122-123, 129-131. Toribio de Ortiguera comenta la presencia de ballestas y arcabuces en las expediciones de Gonzalo Pizarro y Pedro de Orellana al Amazonas. Con todo, algunos escudos de los indios de la zona, de piel de lagarto y manatí, eran tan resistentes «que una jara arrojada con ballesta no los puede pasar». Por ello, los hombres de Orellana se acabaron imponiendo en una lucha de cien contra uno merced a los arcabuces, «pues era tanto el espanto que recibían de ver herir y matar con el estruendo de los arcabuces, y sin saber lo que era, ni ver lo que los hería y mataba, que se dejaban caer en oyendo el trueno del arcabuz, pero por presto que lo hacían ya eran muertos o heridos aquellos a quien acertaban las balas o perdigones», en Ortiguera, T. de, 1909, capítulo XV.
34. Pizarro, P., 1978, capítulos XIX y XXII.
35. *Relación del sitio del Cuzco...*, 1879, 84.
36. Cieza de León, P., 1984, t. III, 268-269.
37. Jerez, F. de, 1985, 100-101.
38. Dicha idea, en realidad, ya fue manifestada por Servando T. de Mier, cuando señaló que «los soldados para la conquista han sido indios con jefes europeos». Citado en Pereña, L., 1992b, 321. En libros prestigiosos, todavía se dicen cosas como las siguientes: «Con unos pocos centenares de hombres, Hernán Cortés atacó a los aztecas en 1519; y Francisco Pizarro sometió a los incas en 1531-1533», en Burbank, J. & Cooper, F., 2011, 176.
39. Como dice Bicheno, H., 2005, 65: «[...] a lo largo de la historia, la importancia de la tecnología en la guerra siempre ha tenido un papel secundario frente a la intensidad variable del deseo de dominar de los diferentes grupos sociales. Donde hay voluntad, hay un arma». Contrástese dicha idea con la de Hanson, V. D., 2004, 251: «La conquista de México es uno de los pocos acontecimientos de la historia en que la tecnología [...] se bastó por sí misma para anular el peso de variables como el genio y las hazañas individuales».
40. Aunque Las Casas llegó a escribir que los españoles, cuando iban a hacer la guerra, llevaban «de los ya sojuzgados indios cuantos podían que hiciesen guerra a los otros», lo cierto es que tales referencias no abundan en sus escritos. Una vez más, una excelente, e inteligente, puntualización de Assadourian, C. S., 1994, 34, n. 19.
41. García de Palacio, D., 1583, fols. 8-8v.
42. Una lista de soldados veteranos de las guerras europeas en Castrillo, F., 1992, 204-206.
43. Díaz del Castillo, B., 1947, 129-132.
44. Garcilaso de la Vega, I., 1985, 435-436, 444.
45. Jerónimo Ramírez, «Apología en defensa del ingenio y fortaleza de los indios de la Nueva España, conquistados por don Fernando Cortés, marqués del Valle», recogido en la edición de Lobo Lasso de la Vega, G., 1970, 201-202.
46. Gerbi, A., 1992, 382-383.
47. Garcilaso de la Vega, I., 1617, t. III, 100-101.
48. Herrera, A. de, 1615, déc. VIII, lib. IV, 93-95 y 109-117.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



La conquista del Imperio inca a manos de un puñado de españoles sigue fascinando por lo que tiene de empresa quijotesca y desmedida. ¿Cómo pudieron Pizarro, Almagro y poco más de un centenar de hombres someter al Estado más poderoso y mejor organizado de América, capaz de poner en pie de guerra a millares de guerreros, y que había conquistado uno tras otro, de un modo implacable, a sus vecinos? Antonio Espino, catedrático de Historia Moderna en la Universidad Autónoma de Barcelona, responde a la cuestión con brillantez, en una narración vibrante que aúna el descubrimiento de un mundo ignoto con el análisis de cómo las innovaciones militares que se estaban desarrollando en Europa se adaptaron al nuevo continente.

Unas innovaciones que, además, iban sin solución de continuidad a emplearse en la negra tarea de matarse unos españoles a otros, ante la mirada impertérrita y la colaboración forzosa de unos indígenas cuyo mundo se tambaleaba. Si la conquista fascina, su envés son las guerras civiles que diezmaron a la primera generación de conquistadores del Perú.

La ambición, el orgullo y la desmesura, combustibles de unos hombres que se sentían sin límite, estallaron en una vorágine cainita, y cuadros de piqueros y arcabuceros remedaron sobre los cerros andinos las sangrientas batallas de la revolución militar europea. Un ejército desplegado en el campo de batalla no deja de ser un compendio de las características, cualidades, defectos, virtudes y limitaciones de la sociedad que lo organiza y de los hombres que lo componen. Hombres como Pedro de Valdivia, curtido en Italia y conquistador de Chile, Gonzalo Pizarro, que acarició romper con España y coronarse rey, o Francisco de Carvajal, el Demonio de los Andes. Todos ellos encontraron en el Perú mucha plata, sí, pero también mucha sangre.

ISBN: 978-84-948265-9-7



9 788494 826597

P.V.P.: 24,95 €

**HISTORIA  
DE ESPAÑA**